

lecturas

Sobre *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas*¹

Sofía Robles Hernández

En el encuentro Feminista en Zacatecas, las mujeres indígenas logramos abrir un espacio para nosotras. Ahí encontré a Libni y Martha, quienes me comentaron su intención de invitarme a la presentación del libro *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía*. No dudé en aceptar, porque conozco y reconozco su gran liderazgo en diversos espacios.

Fue una agradable sorpresa ver el gran libro que encierra la historia de muchas mujeres de diversas comunidades y regiones para hacer una sola fuerza. A través de él podemos conocer la historia de muchas mujeres indígenas del México profundo que están luchando de diversas formas para avanzar en el reconocimiento y ejercicio de sus derechos.

La iniciativa para conformar la CGMI es fabulosa y hasta el momento única: demuestra la capacidad que tenemos para impulsar propuestas, para ser interlocutoras directas con instituciones gubernamentales y no gubernamentales, con instituciones académicas y agencias de financiamiento, dejando atrás el intermediarismo. No es que las alianzas no sean importantes, pues sólo de esta manera podemos ir avanzando, sino que para que las alianzas que se den tienen que ser respetuosas, como la que se generó para escribir esta historia.

La experiencia que resume el libro nos muestra otra cara de las mujeres indígenas, porque generalmente cuando se piensa en nosotras, se piensa en las que no saben defenderse,

¹ Ponencia dictada durante la presentación del libro el 18 de noviembre de 2010 en la Casa Rafael Galván de la UAM.

no saben hablar, no saben escribir, no salen de su comunidad: las pobrecitas mujeres a las que necesariamente hay que enseñarles contenidos con monitos.

Este libro muestra que las mujeres indígenas estamos ya utilizando nuevas tecnologías para nuestro desarrollo, que somos capaces de comunicarnos con otros sectores, con otras mujeres, y que podemos estar en interacción constante. Claro que no es fácil llegar a esta posición, tenemos que pasar por muchas limitaciones, pues vivimos situaciones de discriminación sistemática por nuestro origen.

Con esta experiencia ahora escrita, nos podemos dar cuenta de que existe la posibilidad del cambio, de ser más sujetas de nuestra vida y de nuestros pueblos; que si no tuvimos la oportunidad de ir a la escuela formal, podemos buscar otras oportunidades de crecer, de conocer nuestros derechos y defenderlos. Tenemos la capacidad de participar en la vida de nuestros pueblos y organizaciones, no sólo en la casa y en la cocina, sino también en los espacios públicos de toma de decisiones, y de pugnar porque nuestras hijas tengan más oportunidades en todos los ámbitos.

Empezamos con muchos temores, como que no queríamos hablar porque podíamos equivocarnos, y sólo asentíamos con la cabeza cuando estábamos de acuerdo con algo, diciendo "eso mismo estoy pensando". Es lo que me sucedió mientras leía los testimonios; pensé "cuantas veces he escuchado historias semejantes, experiencias de violencia, de falta de valoración, como parte de nuestros procesos", pero recordé también la decisión de cambiar para bien, con los hijos, con la pareja, en la organización y en la comunidad. Porque es cierto: después de ciertos talleres, reuniones, becas, ya no somos las mismas, ya nos damos cuenta de las injusticias, ya nos atrevemos a cuestionar y a poner nuestros temas en la mesa. Son pasos que no son sencillos, porque en las organizaciones tenemos a nuestros compañeros que se alarman cuando empezamos a exigir espacios. Siempre se habla de la unidad de los pueblos, de la unidad del movimiento indígena. Hay cuestionamiento y temor sobre la palabra "feminista"; los compañeros nos dicen que si buscamos cambiar es porque

estamos influenciadas por ideas de mujeres no indígenas. Y sí, es la realidad: creo que el movimiento de mujeres tiene que ver mucho en nuestros cambios, porque nos damos cuenta de las conquistas logradas, que son las que han abierto las puertas a muchas mujeres, del campo y de la ciudad, indígenas y no indígenas. Pero es cierto también que las mujeres indígenas tenemos nuestra propia especificidad y visiones sobre nuestra realidad, y consideramos importante que a la par de luchar por los derechos de los pueblos tenemos que luchar por nuestros derechos. Las mujeres somos las que tenemos menos espacios, menos reconocimiento; el hecho de haber nacido mujeres nos coloca automáticamente en una situación de desventaja, y es eso lo que comparten varias mujeres en el libro *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía*.

Seguramente otras recordarán como yo los espacios que han compartido con las mujeres de la Coordinadora, por ejemplo con Zoila José Juan, Estela Vélez, Juanita López, Margarita Gutiérrez, Tomasa Sandoval, Cándida Jiménez y muchas más que estamos en este caminar. Así que quiero recrear la memoria y hablar un poco de los primeros encuentros de mujeres indígenas, en especial con las de Guerrero.

Martha y yo nos conocimos en Ecuador, en 1995, en el 1er Encuentro Continental de Mujeres Indígenas de las Primeras Naciones; eran nuestras primeras salidas. Ahí nos encontramos cuatro compañeras de México, que nos llevamos el compromiso de organizar el segundo encuentro continental. Decidimos reunirnos al regreso para iniciar la planeación, pero nos propusimos realizar primero un encuentro nacional de mujeres, antes de llegar al continental. Fue un gran reto.

Un poco antes de Ecuador, nos habíamos reunido en México —con el apoyo del Cenami (Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas) y de SER (Servicios del Pueblo Mixe)— mujeres indígenas de Puebla, Oaxaca y Michoacán para analizar nuestros derechos en el marco de los derechos fundamentales de los pueblos indígenas. Queríamos llevar ideas más claras sobre las demandas de las mujeres indígenas. En esta etapa aún no conocía a las compañeras de Guerrero.

Después de Ecuador, nos propusimos reunir a compañeras indígenas de otras organizaciones, por ejemplo a las que conocíamos de las reuniones del Congreso Nacional Indígena, de la ANIPA (Asociación Nacional Indígena Plural por la Autonomía), en espacios nacionales nutridos por diversas organizaciones indígenas con diferencias ideológicas —algunos convencidos de que era necesario insertarse en los partidos políticos y otros en la línea de que el movimiento indígena debía conservar su autonomía—, y de otros encuentros regionales y reuniones realizados por nuestras organizaciones. Toda esta fortaleza que el movimiento indígena adquirió sin duda se debe al levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y de manera especial a la ley revolucionaria de las mujeres zapatistas. Todos estos eventos fueron espacios de capacitación en donde las mujeres nos fuimos conociendo y platicando nuestros sueños.

En diciembre de 1995, empezamos a reunirnos para analizar la forma de ir conformando el movimiento de mujeres, a la par de la marcha del Congreso Nacional Indígena. Desde nuestras organizaciones participamos activamente en los encuentros y marchas del EZLN, y en esos puntos de encuentro aprovechábamos para seguir hablando de las alianzas.

Ser la sede del 2° Encuentro Continental de Mujeres Indígenas fue un desafío que empezó con el llamado a un Encuentro Nacional de Mujeres Indígenas. Iniciamos reuniones Margarita Gutiérrez, de la Comisión de mujeres de la ANIPA; Martha Sánchez; SEDAC-Covac (Servicios educativos-Comunidades del Valle), de Hidalgo; la Comisión de mujeres del CNI; Tomasa Sandoval, de Nación Purépecha; Jolom mayaetic, J'pas lumetik de Chiapas; CIOAC (Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos) de Chiapas; Masehual Sihamej Mosenyoichicauini, de Puebla; Gloria Tello, de Sedepac (Servicio, Desarrollo y Paz); Unión de Mujeres Campesinas de Xilitla, Hidalgo; Noemí Gómez, de Mujeres Olvidadas del Rincón Mixe; compañeras de Ucizoni; ARIC-democrático, y el acompañamiento de Nellys Palomo de Kinal Ansetik. Así empezamos a escribir nuestra historia con más claridad a través del testimonio de las protagonistas.

Considero que Guerrero es el estado donde mejor se logra apreciar la incidencia de los proyectos de la Coordinadora

Nacional de Mujeres Indígenas a través de la capacitación; estos proyectos contaron con el respaldo de Kinal Anzetik, que estableció una sede en Guerrero. Es este el origen de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Su consolidación es un ejemplo de cómo, mediante la formación, el movimiento afirma un rostro propio, con sus propias fuerzas y con el respaldo de las alianzas que establece.

La Coordinadora desde México, y junto a Kinal-Guerrero, logró visibilizar liderazgos que se fortalecieron con las becas otorgadas por Semillas. Ese liderazgo pudo así insertarse en espacios internacionales, como el enlace continental y, más recientemente, el enlace de mujeres indígenas México-Centroamérica, en el que algunas compañeras de Guerrero, como Martha Sánchez, han tenido más presencia. Las alianzas, y la pertenencia a organizaciones locales, regionales y de nivel nacional fortalecieron el espacio al abrir puertas para su consolidación. Y es importante reconocer que lograr mantener la vinculación en los diversos espacios sin dejar lo local es un reto muy grande.

La importancia de la experiencia de la CGMI radica además en su testimonio, en que la historia no sea sólo oral como ha sido tradición en nuestras comunidades, porque corremos el riesgo de que las cosas queden nada más en las personas que protagonizaron los hechos, y cuando las personas ya no existen la historia no tiene más impacto. El hecho de que ahora las organizaciones indígenas —mixtas y de mujeres— tengamos acceso a la historia de la lucha y organización de la CGMI, nos permitirá retomar la experiencia y fortalecer nuestras organizaciones en otros estados.

La organización no es sencilla, lo hemos escuchado de labios de las protagonistas; han habido aciertos y desaciertos, pero es así como se va formando una organización.

La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas es una iniciativa fabulosa; es como el grito del ya basta, unido en una sola voz, para defender sus derechos. Ser sujetas de derechos, decidir el futuro propio, con dignidad, coloca a las mujeres que la conforman en otro nivel, con capacidad de interlocución, participando además en espacios mixtos

más amplios, a la par con los varones y muchas veces rebasándolos.

Las escuelas en donde las compañeras guerrerenses se han formado son múltiples, pero básicamente es en la escuela de la vida, que es donde enfrentan los problemas y en donde hay que resolverlos. El fruto es que han logrado su propio movimiento, ser ellas mismas, con rostro propio, pudiendo hablar de igual a igual. Así han fortalecido su identidad indígena y de género, han reconocido con facilidad las desigualdades entre hombres y mujeres, y han aprendido que es posible cambiar esta realidad, capacitándose sobre sus derechos y buscando la participación de sus familias. Las mujeres de la Coordinadora están conscientes de que los cambios no se dan de la noche a la mañana, y por ello las historias que se cuentan en el libro inician hace más de treinta años. Las reivindicaciones indígenas, que poco tomaban en cuenta la situación de la mujer, ahora están empezando a incluirla, son ya parte de la agenda del movimiento, porque las actoras ya no están dispuestas a pasar desapercibidas y a seguir en roles tradicionales sólo por el hecho de ser mujeres.

Porque es necesario dejar huella a las nuevas generaciones, felicidades a las autoras y mi reconocimiento profundo a las protagonistas de esta historia •

Gisela Espinosa Damián, Libni Iracema Dircio Chautla y Martha Sánchez Néstor (coords.): *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía*, UAM Xochimilco, México, 2010 (Colección Teoría y Análisis).